

α

Aldo Barucq Muro Santoyo

Quinto Semestre, Licenciatura en Filosofía

Mnemotecnia moral

¡Cuánta sangre y horror hay en el fondo de todas las cosas buenas!

F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*.

Introducción

Dentro del presente trabajo se profundiza en el proceso de aprensión y reminiscencia axiológica del hombre; no sólo se defiende una tesis sobre el origen de la moral, sino que también se utiliza la sospecha de lo que hasta entonces se denomina precepto moral y, en su defecto, como *bueno*.

El problema de la memoria moral colectiva es abordado por Maurice Halbwach en su obra *Memoria colectiva*, concepto a retomar en este ensayo para aclarar el proceso de la memoria axiológica como un asunto de alteridad, así como Nietzsche y Freud serán los autores referidos para establecer la existencia de una Mnemotecnia moral y cómo se transgrede la capacidad humana del olvido.

El título *Mnemotecnia moral* engloba el origen de la memoria moral y qué mecanismos se tuvieron que forjar para hacerla indeleble. La propuesta es que existe una *técnica* para la memoria, en la que la participación de la violencia es sugerida como una herramienta en la formación y mantenimiento de preceptos morales, pues como Nietzsche señala, “para que algo permanezca en la memoria se lo graba a fuego; sólo lo que no cesa de doler permanece en la memoria”.¹

Memorial moral: genealogía del Leviatán²

Una sociedad surge de la imposibilidad de las personas por solventar todas sus necesidades de manera individual. Entonces se recurre a la

1 Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Andrés Sánchez Pascual, Alianza editorial, España, 3ª edición, 2011, p. 88.

2 El concepto de “Leviatán” es referido como alegoría del monstruo bíblico que más tarde utiliza Thomas Hobbes para describir su idea de Estado, como un todo que suprime la autonomía de las individualidades para conformar un organismo regulador de la convivencia social. Ello no significa que el trabajo se dirija específicamente hacia la obra de Hobbes.

asociación con otros, para así procurarse protección para intercambiar; luego, se erige un espacio cercado por costumbres y valores que se han fijado en acuerdo común; esto permite a los individuos acercarse a la idea de omnipotencia que conocen y que han atribuido de manera exclusiva a la divinidad; en palabras de Freud, “el hombre —amparado de su cultura— ha llegado a ser, por así decirlo, un dios con prótesis”³.

Una vez establecida la moral dentro de la sociedad, resta fijar el mecanismo por el cual conservará el orden logrado. Así el hombre instaura su moral como un conjunto de normas y costumbres *aceptadas prácticamente*⁴ por el interés general.

La tensión se presenta cuando la moral se convierte en represora de los impulsos naturales de los hombres, pues de acuerdo con la experiencia, resultan nocivos tanto para el individuo como para la comunidad, por lo que regularlos es la mejor manera de asegurar la autoconservación del cuerpo social; sin embargo, a pesar de que ciertos hombres conozcan el desaprovecho del goce de algunos de sus deseos de forma desmedida, no los asumen como peligrosos o dañinos, al contrario, los conciben como fuente de placer, y por ende, como algo *bueno* para ellos.

Es necesario imprimir en cada individuo las normas morales que garantizarán el flujo ordenado de la comunidad; lo que constituirá una memoria moral que actúe de manera automática cuando la persona se encuentre en situación de violar una norma y, además, exista un sentido permanente de la inconveniencia de esto. Por eso es necesaria la creación de una memoria moral colectiva.

Memoria colectiva

De acuerdo con lo anterior, lo siguiente es crear una memoria moral colectiva que se traduce en el almacenamiento social de preceptos morales para la autoconservación del sistema axiológico. Tal vivencia no se realiza nunca de manera individual, pues la memoria moral será entendida aquí como un proceso comunitario, es decir, la memoria moral parte ri-

3 Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, trad. Ramón Rey Ardid, Alianza editorial, España, 8ª edición, 1996, p.35.

4 Se entiende por costumbres aceptadas, prácticamente las acciones y máximas que llevadas a la praxis no tienen como consecuencia el desaprovecho social, ya que están apoyadas en el principio de racionalidad humana que Kant describe en *Crítica de la razón práctica*.

gurosamente de una *memoria colectiva*, concepto postulado por Maurice Halbwachs:

Se entiende memoria como reconstrucción que hace un sujeto de sus experiencias pasadas, una especie de relato que hace referencia a lo ya acontecido, que se reinterpreta y que genera procesos de transformación que tienen que ver también con el presente y el futuro de la persona, en donde las emociones están presentes, dejando una impronta imborrable e inexorable⁵.

Para que exista una mnemotecnia moral es necesario concebir dos partes que interactúan entre sí, la primera corresponde a quien maquila los instrumentos o mecanismos para impregnar los preceptos en el entendimiento, y la segunda, quien los recibe. Para los filósofos de la memoria del siglo xx, como Paul de Man y Jacques Derrida, la memoria se aloja bajo la forma de presencia, que es siempre presencia de *otro*; es decir, es siempre memoria de un vínculo, sin importar su forma real o imaginaria. Convenimos entonces en que la memoria debe ser concebida como una empresa colectiva, es a partir de los otros que una persona reconstruye hechos del pasado que sirvan para deliberar sobre su presente. Para que la memoria de los otros se entrelace con la propia es necesario que las imágenes o el lenguaje utilizado por los grupos sociales tengan relación con los hechos que constituyen el pasado del individuo. Halbwachs menciona:

Quando se nos indica con precisión el camino seguido, esos rasgos vuelven a salir, los ligamos, ellos mismos se profundizan y se reúnen. Luego existían, pero estaban más marcados en la memoria de otros que de nosotros mismos. Sin duda reconstruimos, pero esa reconstrucción se opera según líneas ya marcadas y dibujadas por nuestros otros recuerdos o por los recuerdos de los demás.⁶

Los *otros* dictan un reglamento determinado y de igual modo, el criterio de los *otros* influye en la remembranza de una acción hecha anteriormente similar a una a efectuar en el presente. Pero ¿de qué modo pro-

5 Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, en Gerardo Cobarrubias, *Violencia y cultura en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2012, p. 89.

6 Maurice Halbwachs, fragmento del capítulo II de *La memoria colectiva*, trad. Amparo Lasén Díaz, PUF, París, 1968, pp. 210-211.

cede la colectividad para el cultivo de su memoria?, “¿cómo hacerle una memoria al animal-hombre? ¿cómo imprimir algo en este entendimiento del instante, entendimiento en parte obtuso, en parte aturdido, en esa viviente capacidad de olvido, de tal manera que permanezca presente?”⁷ La respuesta es: una mnemotecnia moral afianzada en la coerción violenta.

Mnemotecnia moral

Existen valores que siempre están arraigados al núcleo de cada sociedad humana y que constituyen experiencias heredadas, que al mismo tiempo son reafirmadas a través de las prácticas. De tal modo, que cada generación recoge la consigna que se ha dejado vigente en las sociedades, antes de su nacimiento. La consigna se aprende de la transmisión oral, o bien, con base en una gama de represiones dirigidas a impregnar en ella los *no debo*; luego se limita repetir tales estamentos a través de la *praxis*.

Partimos de que “la memoria es la capacidad de conservar determinadas informaciones que remiten ante todo a un complejo de funciones psíquicas, con el auxilio de las cuales el hombre está en condiciones de actualizar impresiones o informaciones pasadas, que él se imagina como pasadas”.⁸ Lo que interesa delimitar aquí es ¿a partir de qué mecanismos el hombre ha llegado a esta conservación de informaciones? Si reconocemos que la tradición oral o escrita de las enseñanzas es un método para la transmisión de los preceptos morales, debe consentirse también que esta vía es un ciclo intermedio entre qué cosas habrán de memorizarse y quién habrá de recibirlas.

Cuando un suceso de relevancia ha marcado en la memoria de sus testigos una imagen clara —tanto más furor, indignación o miedo provocó el suceso, más clara se vuelve su imagen—, pero tal recuerdo no llega con la misma claridad y relevancia para la descendencia de los primeros testigos y mucho menos para las generaciones venideras, por lo que los entonces presentes tienen la iniciativa de transmitir de la mejor manera posible lo que han presenciado, tratando de que su testimonio resguarde el mismo contenido emocional, es decir, el mismo furor, indignación o miedo que ellos experimentaron. Para ello, la tradición oral tiene honda relevancia en el aprendizaje de reglas morales:

7 Nietzsche, *Op. cit.*, p. 88.

8 Cobarrubias, *Op. cit.*, p. 88.

Cuando la memoria de una serie de hechos ya no tiene soporte en un grupo —ese mismo grupo que estuvo implicado o que sufrió las consecuencias, que asistió o recibió un relato vivo de los primeros actores y espectadores—, entonces el único remedio para salvar tales recuerdos es fijarlos en la palabra como una narración ordenada, ya que si las palabras y los pensamientos mueren, los escritos y la palabra oral permanecen.⁹

Mencionado ya el papel que la transmisión oral tiene en la memoria moral, la cual puede entenderse como una técnica, lo siguiente es resaltar que únicamente las cosas que en primera instancia causan una sensación drástica en el entendimiento humano son las que permanecen en la memoria y que con mayor rigor son difundidas. ¿Cómo se logra esto? Existe un breve pasaje en el *Protágoras* de Platón en el que se cuestiona si se puede o no enseñar la virtud, y se señala que sí es posible a través del castigo violento y público sobre aquél que infrinja las normas. El carácter público del suplicio intimidad a los espectadores, así que no se castiga por una falta cometida en el pasado, se castiga más bien para prevenir faltas en el futuro:

[...] quien intenta castigar con sentido, no se venga por una injusticia pasada —pues lo hecho no se puede anular—, sino que lo hace en virtud del futuro, para que no vuelva a cometer la injusticia ni ese mismo, ni otro, al ver a ése castigado; y con esa comprensión tiene en mente que la virtud es enseñable, pues castiga precisamente por la intimidación.¹⁰

Entonces la violencia, como herramienta de la memoria moral, es tanto directa (el ejecutado en la cita referida anteriormente) como indirecta (los espectadores que ahora son conocedores de lo que ocurre al infringir las normas). Ellos son los primeros testigos del castigo, y han aprendido qué no hacer; las generaciones futuras recogerán la consigna a través de la expresión oral de normas, que en su núcleo devienen de una experiencia de violencia. La violencia simbólica (psicológica), por su parte, es un factor decisivo en el marco de las estructuras de dominación y subordinación. Constituye lo referente a la presión social sin la necesidad de llegar a la agresión física. Modos de violencia simbólica son la repre-

9 Halbwachs, *Op. cit.*, p.213.

10 Platón, *Protágoras*, trad. Ute Schmidt Osmanczik, UNAM, México, 1994, p. 20.

sión psicológica, el rechazo reiterativo, el demérito de la integridad personal o el simple uso de roles jerárquicos dentro de una familia. El efecto de la violencia simbólica se remite a la aparición de un sentimiento de culpa en quien comete la falta y el desprecio de los otros. Lo que se presenta aquí es un monopolio de la violencia, que es sustraída de cada una de las individualidades para convertirse en facultad exclusiva de la comunidad, que tiene permitido ejercer cualquier tipo de violencia cuando su integridad peligre.

Mnemotecnia en Nietzsche y Freud

Ya planteada la posibilidad y evidencia de una mnemotecnia moral basada en la implementación de violencia tanto práctica como simbólica, resta apoyar la tesis con los análisis críticos que de la moral hacen dos de los maestros de la sospecha (Nietzsche y Freud), para entender el fenómeno desde perspectivas clásicas. Para Nietzsche y Freud, por ejemplo, la moral tiene un origen negativo: nace ella misma de la negación y como negación.

Nietzsche realiza una historia de las prácticas penales en *La genealogía de la moral* (Tratado segundo: “Culpa”, “Mala conciencia” y similares), donde ya refiere una mnemotecnia moral que confabula con la industria erigida al servicio de la tortura y de la pena de muerte, con el cuerpo como el receptor del castigo en aras de solventar la infracción. Nietzsche habla de los mecanismos para la transgresión al olvido en el siguiente fragmento:

Cuanto peor ha estado de memoria la humanidad, tanto más horroroso es siempre el aspecto que ofrecen sus usos, en particular la dureza de sus leyes penales nos revela cuánto esfuerzo le costaba a la humanidad lograr la victoria contra la capacidad de olvido y mantener presentes, a estos instantáneos esclavos de los afectos y de la concupiscencia, unas cuantas exigencias primitivas de la convivencia moral [...]. Se han constituido una memoria con los medios más terribles, a fin de dominar sus básicos instintos plebeyos y la brutal rusticidad de éstos: piénsese en las antiguas penas alemanas, por ejemplo la lapidación, la rueda, el empalamiento, el hacer que los caballos desgarrasen o pisoteasen al reo, el hervir al criminal en aceite o vino, el muy apreciado desollar, el arrancar la carne del pecho, y también el recubrir al malhechor de miel y entregarlo bajo un sol ardiente a las moscas. Con ayuda de tales imágenes y procedimientos

se acaba por retener en la memoria cinco o seis no quiero, respecto a los cuales uno ha dado su promesa con el fin de vivir entre las ventajas de la sociedad.¹¹

Nietzsche resalta la condición de la moral como un sistema antinatural que tiene como propósito la negación de la vida. El hombre no tiene una conciencia plena de ello, pues se le ha creado un sentido con la facultad de hacer promesas en el acato de las reglas dada su condición de deudor. He aquí el motivo por el cual la humanidad se da a la tarea de conformar un mecanismo para facilitar que se guarden normas en la memoria de una manera eficaz y perdurable.

La contradicción que hay en la cultura respecto al rechazo de la violencia es resaltada dentro de *La genealogía de la moral*. Hay violencia no sólo en el interior de la memoria moral, sino también como resultado a una infracción. No se castiga en virtud de faltas cometidas antes, sino que el castigo está destinado a prevenir faltas futuras, sea del condenado o del público espectador. La violencia como pena es permitida si viene de la sociedad y se realiza para la conservación de la memoria axiológica colectiva, es decir:

Pena como fiesta, es decir, como violenta acción y burla de un enemigo finalmente abatido. Pena como medio de hacer memoria, bien a quien sufre la pena –la llamada *corrección*, bien a los testigos de la ejecución. Pena como declaración de guerra y medida de guerra contra un enemigo de la paz, de la ley, del orden, de la autoridad, al que por considerarsele peligroso para la comunidad, violador de los pactos que afectan a los presupuestos de la misma, por considerársele un rebelde, traidor y perturbador de la paz, se le combate con los medios que proporciona precisamente la guerra.¹²

Por su parte, Freud habla de la pulsión en el hombre por la destrucción, por lo que al imposibilitarse su satisfacción por parte de la comunidad y de su constante desaprobación, ésta se ve direccionada al canal de donde emerge: el individuo mismo. Lo que se presenta como una erradicación de las pulsiones negativas o de una concordia instaurada, gracias a la racionalidad humana es también una represión interna de

11 Nietzsche, *Op. cit.*, pp. 89-90.

12 *Idem*, *op. cit.*, pp. 116-117.

ellas o un temor a las posibles repercusiones de actuar de un modo determinado del cual se tenga experiencia —como memoria copiosa— de un efecto no conveniente que propicie el disgusto moral; primero en forma de culpa, luego de rechazo y por último, de castigo penal.

Contradictoriamente el *no moral*, introducido en la memoria, toma su fuerza de lo mismo que niega y por lo cual se ha constituido: la erradicación o protección contra la violencia. Realiza en el fondo aquello que pretende negar o no-ser. Ésta es la ironía y la paradoja que se haya en el corazón de la moral. La violencia queda santificada si combate la violencia.¹³

Freud aboga por la existencia de una estipulación de conductas a través de la violencia y presión que el *Súper-yo* ejerce sobre el individuo. La memoria moral es aquí una reiterada represión que causa malestar en los individuos, que temen satisfacer sus pulsiones por temor al castigo de la autoridad. El ser vivo por naturaleza destruirá algo situado en el exterior sea animado o inanimado; sin embargo, con las barreras puestas por la moral, al cesar esta agresión contra el exterior se redirecciona como una autodestrucción.

Conclusión

La razón por la que los individuos aceptan el pacto social es por la autoconservación. Una vez creada la sociedad, se crean las normas que habrán de conservarla. Es necesario crear también una memoria que almacene tales preceptos, para que cada individuo sea capaz de distinguir lo correcto y lo incorrecto de manera automática; sin embargo, lo que se conoce como memoria moral, no es nunca, un acontecimiento pacífico y afable: ni en su origen ni en ningún momento de su desarrollo. La acción por imprimir reglas morales en el hombre tiene en su núcleo una acción violenta, tanto de represión emocional, intimidación y daño físico para el infractor.

Lo anterior hace que a la moral como una contradicción; se sabe que ésta se ha formado para la regulación de la violencia, y en ocasiones, para asegurar su vitalidad se ve obligada a recurrir a ella. La violencia contra un individuo por parte de la comunidad es, desafortunadamente, la metodología más eficaz para la conformación de una memoria moral latente y perdurable. Aun cuando ello suponga la premisa de un Estado fallido.

13 Vid Juliana González, *El héroe en el alma. Tres ensayos sobre Nietzsche*, UNAM, México, 2° edición, 1996.

Los filósofos de la sospecha develan una cara oculta de la moral no afable al sentido moral cotidiano, pero enseñan también que cuestionar lo que hasta entonces se entiende como bueno y malo, es una contribución a la ética. Así pues, el propósito no es demeritar la moralidad humana develando su esencia como crueldad ignota, pues esto presenta un nuevo juicio moralista, es una contradicción, una crítica de la moral desde una óptica moral. El objetivo es más bien situar la labor de investigación ética depurada de prejuicios o suposiciones fundamentalistas de lo bueno y de lo malo... *pero cuidado que nos vigila la policía de lo correcto y las buenas costumbres de hoy.*

No abogo por que la autoridad utilice la violencia para asentar el orden entre sus representados dado la plausibilidad de esto, ni mucho menos porque la violencia sea el motor de toda empresa humana; de igual modo que un geólogo al expresar la naturaleza de un terremoto y la devastación que en cierta zona ocasionó, no es por ello un defensor de tales catástrofes, sino una persona que presenta lo observado e interpretado gracias a un cúmulo de conocimientos que ha aprendido.

Referencias

- Cobarrubias Valderrama, Gerardo, *Violencia y cultura en México*, México, CONACULTA, 2012.
- Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura y otros ensayos*, trad. Ramón Rey Ardid, México, Alianza editorial, 8° reimpresión, 1996.
- Halbwachs, Maurice, *La memoria colectiva*, PUF, París.
- González, J. *El héroe en el alma*, Tres ensayos sobre Nietzsche, México, UNAM, 2° edición, 1996.
- Miguel Ángel Aguilar D., Fragmentos de "La memoria colectiva", publicado originalmente en *Revista de Cultura Psicológica*, Año 1, Número 1.
- Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, trad. Andrés Sánchez Pascual, España, Editorial Alianza, 3° edición, 2011.
- Ortega, Martha et al., *Violencia: Estado y sociedad, una perspectiva histórica*, México, UAM, 2004.
- Platón, *Protágoras*, trad. Ute Schmidt Osmanczik, México, UNAM, 1994.